

versidad de su pecado, de su gran pecado de ensimismamiento, que la hace vivir en la atmósfera enrarecida de donde ha huido la vida? ¿por qué no acercarla a los hombres, en vez de exigir de éstos que se conformen con su concepto cristalizado de la cultura y no ponerla al servicio de las vocaciones de los individuos?

Después de esta tirada el buen Mr. M. quedó fatigado; pero la sonrisa con que cerró el último párrafo me indicó que la exaltación con que había hablado era una servidumbre impuesta por la cátedra de oratoria griega. Por mi parte, hallábame también entusiasmado y empezaba a comprender que una Universidad puede llenar una misión más amplia que la de preparar al hombre para las tres o cuatro profesiones que están en auge en la época presente.

Apremiado por mis preguntas, el profesor me dijo, ya más calmado.

—Para comprender mejor nuestro sistema de enseñanza y la elasticidad que ofrece (la cual, por otra parte, le permite servir a conciencia los intereses de la sociedad sin sacrificar los del individuo), conviene seguir el desarrollo de la Universidad en este país. Tal institución es aquí un compuesto de un núcleo antiguo y de un revestimiento moderno. El núcleo es lo que por mucho tiempo se llamó **College**, al que entraban los jóvenes de diez y ocho o veinte años para adquirir en él una cultura general que la sociedad aceptaba como exponente satisfactorio de la educación de un caballero.

—¿Daba el **College** un título profesional?—pregunté.

—Otorgaba un título, que era el de bachiller en artes; pero no era un título profesional. Valía como comprobante de que quien lo exhibía había completado su educación en el ambiente que se consideraba (y se considera hoy con mayor convencimiento que nunca) como el ambiente ideal para la "educación" de la ju-

ventud: aquel en que los jóvenes hacen vida común y disciplinan su carácter lejos de las sollicitaciones malsanas. Por el **College** pasó la mayoría de los hombres cultos de este país en el siglo pasado y en el presente, recibiendo el modesto pergamino que le abría en todas partes la confianza y la simpatía. Este bachillerato suponía el estudio de la Retórica, del Latin, del Griego, de las matemáticas, de la Filosofía natural (como se llamaban por entonces los rudimentos de la física), además de la Economía política, mechado todo con alguna Química y bastante Filosofía e Historia.

—Aparte de esa cultura general—pregunté—, ¿no preparaba el **College** para algunas profesiones entonces reconocidas?

—Si tal. Teología y leyes, siguiendo algunos estudios complementarios en el mismo **college**. Más tarde se agregaron a esas carreras la medicina y la ingeniería, con lo cual el **College** fué enriqueciéndose con el departamento que he llamado moderno. Pero entretanto, el núcleo primitivo no ha desaparecido, antes bien, se ha perfeccionado, y es él, óigalo usted bien, el que constituye la gran Universidad democrática del día, donde se gradúan los 22.000 universitarios no profesionales por cuyos títulos usted me preguntaba hace un momento. Ya supondrá usted cómo ocurrió la evolución necesaria para llevar el modesto bachillerato al grado de esplendor presente. Como he dicho ya, los estudios básicos del bachillerato en artes se inspiraban en cultura clásica; pero cuando amainó el entusiasmo por estas disciplinas, la Universidad tuvo que reconocer las nuevas tendencias que entonces se abrían paso. Así nació el título de bachiller en Letras, que difería del anterior en que en el núcleo central de estudios prescritos el latín y el griego estaban reemplazados por los idiomas modernos.

Más tarde se acusó otra tenden-